

CAPÍTULO X

Proyectos de los jacobinos después del 31 de mayo. - Cambio de los comités y del ministerio. - Disposiciones de los departamentos después del 31 de mayo. - Los girondinos proscritos van á sublevarlos contra la Convención. - Decretos de la Convención contra los departamentos insurrectos. - Asambleas y ejércitos revolucionarios en Bretaña y en Normandía. - Acontecimientos militares en el Rhin y en el Norte. - Invasión de las fronteras del Este por los coligados. - Retirada de Custine. - Sitio de Maguncia por los prusianos. - Reveses del ejército de los Alpes. - Situación del ejército de los Pirineos. - Los vendedanos se apoderan de Fontenay y de Saumur. - Peligros inminentes de la república en el interior y en el exterior. - Trabajos administrativos de la Convención. - Constitución de 1793. - Descalabros de los insurrectos federales en Evreux. - Derrota de los vendedanos á la vista de Nantes. - Victoria contra los españoles en el Rosellón. - Marat es asesinado por Carlota Corday. - Honras fúnebres tributadas á su memoria. - Juicio y ejecución de Carlota Corday.

El decreto expedido el 2 de junio contra los veintidós diputados de la derecha y contra los individuos de la comisión de los doce, prevenía que fueran detenidos en sus casas, con guardias de vista. Algunos se sometieron voluntariamente á este decreto, constituyéndose prisioneros, para dar una prueba de acatamiento á la ley y provocar un juicio que demostrase su inocencia. Gensonné y Valazé podían substraerse muy fácilmente á la vigilancia de sus guardianes; pero siempre rehusaron buscar su salvación en la fuga y quedaron prisioneros con sus colegas Guadet, Petión, Vergniaud, Biroteau, Gardien, Boileau, Bertrand, Mollevaut y Gommaire. Otros, no creyendo deber obediencia á una ley arrancada por la fuerza, y sin esperar ya justicia, alejaronse de París, ó se ocultaron, para esperar el momento de salir; su proyecto era dirigirse á los departamentos para excitar su sublevación contra la capital. Los que adoptaron esta resolución eran: Brissot, Gossas, Salles, Louvet, Chambón, Buzot, Lyón, Rabaut Saint-Etienne, Lasource, Grangeneuve, Lesage, Vigée, Lariviere y Bergoing. Los dos ministros Lebrún y Claviere, destituidos inmediatamente después del 2 de junio, fueron detenidos en virtud de una orden de prisión expedida por el Ayuntamiento; pero Lebrún consiguió evadirse. Habíase adoptado la misma medida contra Roland, que habiendo hecho dimisión el 21 de enero, pedía inútilmente la presentación de sus cuentas. También eludió las pesquisas del Ayuntamiento y fué á ocultarse á Rouén. Madama Roland, perseguida igualmente, sólo pensó en favorecer la evasión de su esposo, y dejando después su hija en manos de un amigo seguro, presentóse con noble indiferencia al comité de su sección y fué conducida á las cárceles entre una multitud de otras víctimas del 31 de mayo.

En los jacobinos reinaba la alegría; felicitábanse todos de la energía del pueblo, de su valerosa conducta en las primeras jornadas, y del allanamiento de todos los obstáculos que la derecha no había dejado de oponer á la marcha de la revolución. Convínose entonces, según era costumbre después de todos los grandes acontecimientos, en la manera de presentar la última insurrección. «El pueblo, dijo Robespierre, ha confundido á todos sus calumniadores con su conducta;

ochenta mil hombres han estado en pie durante una semana sin que se vertiera una sola gota de sangre, y con esto ha demostrado que su objeto no era, según se decía, aprovechar el desorden para entregarse á la matanza y al saqueo. Su insurrección ha sido espontánea, porque era efecto de la convicción general, y la Montaña misma, débil y admirada al ver este movimiento, ha probado que no había concurrido á producirle. Así, pues, esta insurrección ha sido esencialmente moral y popular.»

Así se daba un colorido favorable á la insurrección, dirigiendo al mismo tiempo una censura indirecta á la Montaña, que había mostrado cierta vacilación el 2 de junio; rechazábase también el cargo de conspiración lanzado contra los agitadores de la izquierda, y se lisonjeaba agradablemente al partido popular, que lo había hecho todo tan bien por sí mismo. Después de proponerse esta interpretación, acogida con aclamaciones por los jacobinos, y repetida después por todos los ecos del partido victorioso, pidióse á Marat explicación acerca de una palabra que hacía mucho ruido. Marat, que no hallaba nunca sino un medio para poner término á las vacilaciones revolucionarias, es decir, la dictadura; Marat, viendo que se tergiversaba aún el 2 de junio, había repetido, así como los demás: *Necesitamos un jefe*. Habiéndosele intimado á explicar esta frase, justificóla á su manera, y los jacobinos se contentaron muy pronto, satisfechos de haber demostrado sus escrúpulos y la severidad de sus principios republicanos. Hicieronse también algunas observaciones respecto á la tibieza de Dantón, que parecía haber aumentado desde la supresión de la comisión de los doce, y cuya energía, sostenida hasta el 31 de mayo, no llegó al 2 de junio. Dantón estaba ausente; Camilo Desmoulins, su amigo, le defendió con calor, y apresuráronse á poner fin á esta explicación, por consideraciones á un personaje tan importante y para evitar debates demasiado espinosos, pues aunque la insurrección estuviese consumada, distaba mucho de haber sido universalmente aprobada en el partido victorioso. Sabíase, en efecto, que el comité de salvación pública y muchos montañeses habían visto con temor aquel golpe de Estado popular. Hecha la cosa, era preciso aprovecharse

de ella, sin volver á discutirla; y de consiguiente, tratóse al punto de hacer uso desde luego útilmente de la victoria.

Para esto se debían adoptar diversas medidas: renovar los comités donde se habían introducido todos los partidarios de la derecha, apoderarse por medio de aquéllos de la dirección de los negocios, cambiar los ministros, vigilar la correspondencia, detener en correos los escritos peligrosos, no permitiendo que llegasen á las provincias sino los reconocidos como útiles (pues la libertad de la prensa, según decía Robespierre, debe ser completa, mas no se ha de emplear para perder la libertad); formar desde luego el ejército revolucionario cuya institución había sido decretada, y cuya intervención era indispensable para hacer ejecutar en el interior los decretos de la Convención; y últimamente, realizar el empréstito forzoso de mil millones entre los ricos. Tales fueron los medios propuestos y adoptados unánimemente por los jacobinos; pero juzgóse más necesaria aún que todas una última medida, y era la redacción, dentro de ocho días, de la Constitución republicana. Importaba probar que la oposición de los girondinos era lo único que había impedido el cumplimiento de esta gran misión, tranquilizar á Francia con buenas leyes, y ofrecerle un punto de unión alrededor del cual pudiera agruparse toda entera. Tal fué el voto emitido á la vez por los jacobinos, los franciscanos, las secciones y el Ayuntamiento.

La Convención, dócil á este irresistible deseo, repetido bajo tantas formas, renovó todos sus comités de seguridad general, de hacienda, de guerra, de legislación, etcétera; sólo se conservó en su puesto el comité de salvación pública, ya recargado de asuntos, y que no era todavía bastante sospechoso para que se osase destituir bruscamente á todos sus individuos. Lebrún fué reemplazado en el ministerio de Estado por Desforgues, y Claviere en Hacienda por Destournelles. Consideróse como no conforme el proyecto de Constitución presentado por Condorcet, según las miras de los girondinos; y el comité de salvación pública debió presentar otro en el término de ocho días, para cuyo trabajo se le agregaron cinco auxiliares. Además, recibió orden de disponer la manera de llevar á cabo el empréstito forzoso, y se le encargó un proyecto de organización para el ejército revolucionario.

Las sesiones de la Convención ofrecían un aspecto completamente nuevo desde el 31 de mayo; eran silenciosas, y casi todos los decretos se aprobaban sin discusión; la derecha y una parte del centro no votaban ya, pareciendo protestar con su silencio contra todas las decisiones adoptadas desde el 2 de junio y esperar las noticias de los departamentos. Marat había creído deber por justicia suspenderse á sí mismo en sus funciones hasta que fueran juzgados sus adversarios los girondinos; entretanto, según decía, renunciaba á su cargo, limitándose á ilustrar á la Convención con su periódico. Los dos diputados Doucet y Fonfrede, de Burdeos, fueron los únicos en romper el silencio de la Asamblea. Doucet denunció al comité revolucionario, que no había dejado de reunirse en el obispado, y que deteniendo las cartas en el correo, las abría y enviaba sin cerrar á su destino, con una inscripción que decía: *Revolución del 31 de mayo*. Habiendo pasado á la orden del

día, Fonfrede, individuo de la comisión de los doce, pero exceptuado de la orden de prisión porque se había opuesto á las medidas de aquel comité, sube á la tribuna y pide la ejecución del decreto que ordenaba la presentación del informe sobre los detenidos dentro de tres días. Esta reclamación produce algún tumulto. «Es preciso, dice Fonfrede, probar cuanto antes la inocencia de nuestros colegas; yo no me he quedado aquí más que para defenderlos, y os anuncio que una fuerza armada avanza desde Burdeos para vengar los atentados cometidos contra sus personas.» Al oír estas palabras resuenan furiosos gritos: la orden del día rechazó la proposición de Fonfrede y volvió á reinar un silencio profundo. «Esos son, dijeron los jacobinos, *los últimos gritos de los sapos de la laguna*.»

La amenaza que hizo Fonfrede desde la tribuna no era vana; y no solamente los bordeleses, sino también los habitantes de casi todos los departamentos, estaban dispuestos á empuñar las armas contra la Convención. Su descontento databa de antes del 2 de junio; había comenzado con las contiendas entre montañeses y girondinos, y ya se recordará que en toda la Francia estaban divididas las municipalidades y las secciones. Los partidarios del sistema montañés ocupaban las municipalidades y los clubs; los republicanos moderados, que en medio de las crisis de la revolución querían conservar la equidad ordinaria, se habían retirado todos á las secciones. El rompimiento se había declarado ya en varias ciudades: en Marsella despojaron las secciones á la municipalidad de sus poderes para conferirlos á un comité central, instituyendo además por su propia autoridad un tribunal popular para juzgar á los patriotas acusados de excesos revolucionarios. Los comisionados Bayle y Boisset anulaban inútilmente el comité y el tribunal: su autoridad fué desconocida siempre y las secciones se mantuvieron en estado de insurrección permanente contra la revolución. En Lyon hubo un combate sangriento: tratábase de saber si se pondría en ejecución un decreto municipal en el cual se ordenaba la creación de un ejército revolucionario y una contribución de guerra sobre los ricos. Las secciones que rehusaban se habían declarado en sesión permanente, y la municipalidad quiso disolverlas; pero auxiliadas del directorio del departamento, pudieron resistir, y el 29 de mayo se llegó á las manos, á pesar de la presencia de dos comisionados de la Convención, que hicieron inútiles esfuerzos para evitar la lucha. Victoriosas las secciones, después de haber tomado por asalto el arsenal y la Casa Ayuntamiento, destituyeron á la municipalidad, cerraron el club de los jacobinos, donde Chalier excitaba las más violentas borrascas, y apoderáronse de la soberanía de Lyon. Contáronse algunos centenares de muertos en este combate: los representantes Nioche y Gauthier estuvieron detenidos todo un día, y puestos en libertad después, fueron á reunirse con sus colegas Albite y Dubois-Crancé, que así como ellos estaban encargados de una misión para el ejército de los Alpes.

Tal era el estado de Lyon y del Mediodía en los últimos días de mayo. Burdeos no ofrecía un aspecto más tranquilizador: esta ciudad, con todas las del Oeste, de Bretaña y de Normandía, esperaba sólo que se realizasen las amenazas, tantas veces repetidas, contra los diputados de las provincias, para obrar desde luego. En

tales disposiciones llegaron a noticia de los departamentos las ocurrencias de fin de mayo. El 27, día en que fué suprimida por primera vez la comisión de los doce, se manifestó ya mucha irritación, y tratóse en todas partes de adoptar acuerdos que reprobaban lo acaecido en París; pero el 31 de mayo y el 2 de junio pusieron colmo a la indignación, porque la fama, que abulta todas las cosas, exageró los hechos. Circuló la noticia de que el Ayuntamiento había dado muerte a treinta y dos representantes; que las cajas públicas fueron entregadas al saqueo, y que los bandidos de París, dueños del poder, iban a transmitirle al extranjero, ó a Marat ó a Orleáns. Reuniéronse para redactar peticiones y prepararse á empuñar las armas contra la capital. En aquel momento llegaron los diputados fugitivos á referir por sí mismos lo que había pasado, y dieron así más consistencia á los movimientos que se declaraban por todas partes.

Además de los diputados que se habían evadido ya, varios de ellos escaparon de los gendarmes y otros abandonaron la Asamblea para ir á fomentar la insurrección. Gensonné, Valazé y Vergniaud se obstinaron en quedarse, diciendo que si era bueno que una parte de ellos fuese á despertar el celo de los departamentos, era útil también que los otros permaneciesen en rehenes en manos de sus enemigos para hacer resaltar por un proceso, y exponiendo su cabeza, la inocencia de todos. Buzot, que no había querido someterse nunca al decreto del 2 de junio, se trasladó á su departamento del Eure para excitar un movimiento entre los normandos; Gossas le siguió con la misma intención y Brissot marchó á Moulins. Meilhán, á quien no se detuvo, pero que había dado asilo á sus colegas en las noches del 31 de mayo y 2 de junio, y Duchatel, á quien los montañeses llamaban *el aparecido del 21 de enero*, porque abandonó su lecho para ir á votar en favor de Luis XVI, abandonaron la Convención con el objeto de ir á agitar la Bretaña.

Biroteau pudo escapar de los gendarmes, y fué con Chasset á dirigir los movimientos de los lioneses. Rebecqui, adelantándose á Barbaroux, que aún estaba detenido, marchó á las Bocas del Ródano, y Rabaut-Saint-Étienne acudió á Nîmes para inducir al Langüedoc á que concurriera en el movimiento general contra los opresores de la Convención.

El departamento del Eure, reuniéndose el 13 de junio, fué el primero que dió la señal de alarma diciendo que, no habiendo libertad en la Convención y siendo deber de todos los ciudadanos procurársela, decretaba que se dirigiese contra París una fuerza de cuatro mil hombres, y que los comisionados enviados á los próximos departamentos les obligasen á imitar este ejemplo y á concertar sus operaciones. El departamento del Calvados, residente en Caén, hizo prender á los dos diputados Rome y Prieur de la Cote d'Or, enviados por la Convención para acelerar la organización del ejército de las costas de Cherburgo, y se acordó que se reuniesen extraordinariamente en Caén para confederarse los departamentos de Normandía. Todos los de la Bretaña, que eran los de las costas del Norte, Finisterre, Morbihán, Ille-et-Vilaine, Mayena y Loira inferior, resolvieron lo mismo, y enviaron comisionados á Rennes para establecer allí la autoridad central de la Bretaña.

Los departamentos del valle del Loira, exceptuando los ocupados por los vendeanos, siguieron el ejemplo general y propusieron mandar comisionados á Bourges, formar en este punto una Convención, compuesta de los diputados de cada departamento, y dirigirse contra la usurpadora ú oprimida Convención que se hallaba en París.

Todavía fué mayor la conmoción producida en Burdeos, donde todas las autoridades constituidas se reunieron en forma de una Asamblea llamada *Junta popular de salvación pública* y declararon que la Convención no era ya libre y que había que devolverla su libertad; resolvieron por consiguiente que al momento se armase competente fuerza, y que en el ínterin se dirigiera una petición á la Convención Nacional para que explicase y dijese la verdad sobre los acontecimientos de junio. En seguida enviaron comisionados á todos los departamentos, incitándoles á una liga general. Tolosa, antigua ciudad parlamentaria, donde se ocultaban tras los girondinos muchos partidarios del antiguo régimen, había organizado ya una fuerza departamental de mil hombres. Sus autoridades declararon en presencia de los comisionados, enviados á los ejércitos de los Pirineos, que no reconocían ya á la Convención; pusieron en libertad á un gran número de prisioneros, redujeron á prisión á otros muchos, acusados de ser montañeses, y anunciaron abiertamente que estaban dispuestos á confederarse con los departamentos del Mediodía. Los del Tarn, de Lot-et-Garonne, de Aveyrón, de Cantal, de Puy-de-Dome y de Herault siguieron el ejemplo de Tolosa y de Burdeos. Nîmes opuso resistencia; Marsella redactó una petición fulminante, puso en actividad su tribunal popular, dió principio á un procedimiento contra los *matadores*, y preparó una fuerza de seis mil hombres. En Grenoble se convocó á las secciones, y sus presidentes, reuniéndose con las autoridades constituidas, se posesionaron de todos los poderes, enviaron diputados á Lyon, y quisieron prender á Dubois-Crancé y Gauthier, comisionados de la Convención para el ejército de los Alpes. El departamento del Ain adoptó la misma marcha; el de Jura, que había organizado ya un cuerpo de caballería y una fuerza departamental de ochocientos hombres, protestó por su parte contra la autoridad de la Convención. En Lyon, por último, donde las secciones reinaban como soberanas desde el combate del 29 de mayo, recibieron y se mandaron diputados para convenirse con Marsella, Burdeos y Caén, é instruyése al punto sumaria contra Chalier, presidente del club jacobino, así como contra otros varios montañeses. No quedaban; pues, bajo la autoridad de la Convención más que los departamentos del Norte y aquellos que componían el valle del Sena; los insurrectos ascendían á sesenta ó setenta y París debía resistir con quince ó veinte á todos los demás, continuando la guerra con Europa.

En la capital estaban divididos los pareceres respecto á los medios que debían adoptarse en semejante peligro: los individuos del comité de salvación pública, Cambón, Barrere, Breard, Treillard y Mathieu, acreditados patriotas, aunque reprobaban el 2 de junio, hubieran querido que se apelase á los medios conciliatorios. Según ellos, era necesario probar la libertad de la Convención con medidas enérgicas contra los agitadores, y

en vez de irritar á los departamentos con decretos severos, atraerlos por el contrario haciéndoles ver el peligro de una guerra civil en presencia del extranjero. Barrere propuso, en nombre del comité de salvación pública, un proyecto de decreto concebido completamente bajo este espíritu. Según aquél, los comités revolucionarios que se habían hecho tan temibles por sus numerosas prisiones, debían ser disueltos en toda Francia ó sometidos al objeto de su institución, que era vigilar á los extranjeros sospechosos; las asambleas primarias se reunirían en París á fin de nombrar otro comandante de la fuerza armada en vez de Henriot, que era nombrado por los insurrectos; y por último, debían enviar á los departamentos treinta diputados en clase de rehenes. Estas medidas parecían propias para calmarlos é infundir confianza. La supresión de los comités revolucionarios ponía término á las medidas inquisitoriales contra los sospechosos; la elección de un buen jefe aseguraba el orden en París, y los treinta diputados servirían á la vez de rehenes y de mediadores.

La Montaña, sin embargo, no estaba del todo dispuesta á negociar: usando con altanería de lo que llamaba la autoridad nacional, rechazó todos los medios conciliatorios, y Robespierre hizo aplazar el proyecto del comité. Dantón, elevando una vez más su voz en aquella circunstancia peligrosa, recordó las famosas crisis de la revolución, los peligros de septiembre en el momento de la invasión de Champaña y de la toma de Verdún; los de enero, antes de resolverse la condena del último rey; y, por último, los de abril, mucho mayores aún, cuando Dumouriez marchaba sobre París y se sublevaba la Vendée. La revolución, según él, se había sobrepuesto á estos peligros, triunfando de todas aquellas crisis y saliendo victoriosa también de la última. «En el momento de una gran producción, decía, es cuando los cuerpos políticos, semejantes á los físicos, parecen siempre amenazados de una próxima destrucción. ¡Pues bien!, ruja el trueno, y á la luz del relámpago se realizará la gran obra que ha de constituir la dicha de veinticuatro millones de hombres.» Dantón quería que se obligase por un decreto común á todos los departamentos á retractarse veinticuatro horas después de haberle recibido, so pena de quedar fuera de la ley; y su voz poderosa, que nunca había resonado en los peligros sin reanimar el valor de todos, produjo su acostumbrado efecto. La Convención, aunque no adoptara exactamente las medidas propuestas, expidió, sin embargo, los más enérgicos decretos. En primer lugar declaró que en cuanto al 31 de mayo y al 2 de junio el pueblo de París había merecido bien de la patria al insurreccionarse; que los diputados que habían sido detenidos por lo pronto en sus casas, y algunos de los cuales se habían evadido, serían trasladados á una cárcel para quedar allí en clase de prisioneros ordinarios; que se haría un llamamiento á todos los diputados, y que los ausentes sin comisión ni autorización serían depuestos y substituídos por suplentes; que las autoridades de departamento ó municipales no podrían cambiarse ni trasladarse de un punto á otro, ni tampoco corresponderse entre sí; y que todos los comisionados que se enviaran de un departamento á otro con el objeto de coligarse deberían ser arrestados inmediatamente por los buenos ciudadanos y enviados á París

con escolta. Después de adoptar estas medidas generales, la Convención anuló el acuerdo del departamento del Eure; instruyó proceso á los individuos del de Calvados, que habían destituido á dos de sus agentes; procedió lo mismo respecto á Buzot, instigador de la revolución de los normandos, y envió dos diputados, Mathieu y Treillard, á los departamentos de la Gironde, Dordoña y Lot y Garona, que pedían explicaciones antes de insurreccionarse. Llamó además á las autoridades de Tolosa; suprimió el tribunal y el comité central de Marsella; decretó contra Barbaroux, y puso á los patriotas encarcelados bajo la salvaguardia de la ley. Por último, envió á Roberto Lindet á Lyon para que tomara conocimiento de los hechos y redactase un informe sobre el estado de la ciudad.

Estos decretos, expedidos sucesivamente en el transcurso de junio, hicieron vacilar á muchos departamentos, poco acostumbrados á luchar contra la autoridad central. Intimidados é indecisos, resolvieron esperar á que dieran el ejemplo los departamentos más poderosos ó más comprometidos en la contienda.

Las autoridades de Normandía, excitadas por la presencia de los diputados que se habían reunido con Buzot, tales como Barbaroux, Guadet, Louvet, Salles, Petión, Bergeon, Lesage, Cussy y Keruelegán, prosiguieron en sus primeras medidas, señalando á Caén para residencia de un comité central de los departamentos. El Eure, Calvados y el Orne enviaron comisionados; los departamentos de Bretaña, que se confederaron al principio en Rennes, decidieron unirse á la asamblea central de Caén, enviando á ella representantes. El 30 de junio, en efecto, los enviados de Morbihán, de Finisterre, de las Costas del Norte, Mayena, Ille-et-Vilaine y Loira inferior, reunidos con los de Calvados, del Eure y de Orne, se constituyeron en *asamblea central de resistencia á la opresión*, prometiendo mantener la igualdad, la unidad y la indivisibilidad de la república, pero jurando odio á los anarquistas, y comprometiéndose á no hacer uso de sus poderes sino para asegurar el respeto á las personas y propiedades y á la soberanía del pueblo.

Después de constituirse así, deciden que cada departamento facilite contingentes á fin de organizar una fuerza armada suficiente para ir á París á restablecer la integridad de la representación nacional. Félix Wimpffen, general del ejército que debía organizarse á lo largo de las costas de Cherburgo, es nombrado comandante en jefe del ejército departamental; acepta y se reviste al punto del título que acaba de recibir. Llamado á París por el ministro de la Guerra, contesta que sólo hay un medio de hacer la paz, que es revocar todos los decretos expedidos desde el 31 de mayo; que con esta condición los departamentos fraternizarán con la capital; pero que, en caso contrario, no puede ir á París sino á la cabeza de sesenta mil normandos y bretones.

Al mismo tiempo que el ministro llamaba á Wimpffen á París, expedía una orden al regimiento de dragones de la Mancha, estacionado en Normandía, para que marchara en el acto y se dirigiese á Versalles. Al saber esta noticia, todos los confederados, reunidos ya en Evreux, se prepararon á la batalla, y la guardia nacional, uniéndose con ellos, cerró á los dragones el cami-

no de Versalles. Éstos, que no querían llegar á las manos, prometieron no marchar y fraternizaron al parecer con los confederados. Los oficiales escribieron secretamente á París que no podían obedecer sin dar principio á la guerra civil, y entonces se les permitió esperar.

La Asamblea de Caén decidió que los batallones bretones, llegados ya, se dirigieran desde allí á Evreux, punto de reunión general de todas las fuerzas. Expediéronse hacia esta ciudad víveres, armas, municiones y fondos tomados en las cajas públicas; se enviaron oficiales adictos á la causa de la federación, con muchos realistas ocultos que se lanzaban en todas las sublevaciones, encubriéndose con la máscara del republicanism para combatir la revolución. Entre los contrarrevolucionarios de esta especie figuraba un tal Puisaye, que manifestaba gran celo por la causa de los girondinos, y á quien Wimpffen, realista disfrazado, nombró general de brigada, confiándole el mando de la vanguardia, reunida ya en Evreux. Componíase ésta de unos cinco ó seis mil hombres, y se aumentaba todos los días con nuevos contingentes. Los valerosos bretones acudían de todas partes, anunciando la llegada de otros batallones que debían seguirles en mayor número. Una circunstancia les impedía venir todos á la vez, y era la necesidad de defender las costas del Océano contra las flotas inglesas, enviando batallones contra la Vendée, que se desbordaba ya hasta el Loira y parecía dispuesta á franquearle. Aunque los bretones campesinos fuesen afectos al clero, los de las ciudades eran sinceros republicanos, y á la vez que combatían á París, no continuaban menos por eso una guerra tenaz contra la Vendée.

Tal era el estado de cosas en Bretaña y Normandía hacia los primeros días de julio. En los departamentos próximos al Loira había disminuído la actividad; varios comisionados de la Convención que se hallaban en la localidad para dirigir los nuevos alistamientos contra la Vendée, habían aconsejado á las autoridades que esperasen los acontecimientos antes de comprometerse más. Por el momento, pues, no se pensaba ya en enviar diputados á Bourges y observábase la mayor reserva.

La insurrección era permanente y enérgica en Burdeos: los diputados Mathieu y Treillard fueron vigilados por centinelas de vista desde su llegada, y hasta se trató de detenerlos como rehenes; pero sin llegar á este extremo, intimóseles á comparecer ante la comisión popular, donde los ciudadanos les acogieron bastante mal, considerándolos como enviados *maratistas*. Interrogóseles sobre lo ocurrido en París, y después de oírles, la comisión declaró que, según su deposición misma, la Convención no había sido libre el 2 de junio, ni lo era ya desde esta época; que ellos no eran sino los enviados de una asamblea sin carácter legal, y que en su consecuencia debían salir al punto del departamento. En efecto, se les condujo fuera de sus límites, é inmediatamente después decretáronse en Burdeos las medidas que se acababan de adoptar en Caén. Se prepararon víveres y armas, se dispuso de los fondos públicos y una vanguardia marchó á Langón, ínterin llegaba la fuerza principal, que debería salir dentro de breves días. Esto sucedía aún á últimos de junio y en los primeros días de julio.

Los diputados Mathieu y Treillard, hallando menos resistencia en los departamentos de Dordoña, de Vien-

ne y Lot-et-Garonne, y pudiendo hacerse escuchar mejor, consiguieron calmar los ánimos y, por su carácter conciliador, impedir medidas hostiles, ganando así tiempo en interés de la Convención; pero en los departamentos más elevados, en las montañas del Alto Loira y sus vertientes, en Hérault, Gard, y en toda la orilla del Ródano, la insurrección fué general. El Gard y Hérault pusieron en marcha sus batallones, enviándolos á Pont-Saint-Esprit para ocupar los pasos del Ródano y efectuar la unión con los marseleses, que debían remontar este río. Los marseleses, en efecto, rehusando acatar los decretos de la Convención, conservaron su tribunal, no pusieron en libertad á los patriotas encarcelados, y hasta dieron principio á las ejecuciones. Habían organizado un ejército de seis mil hombres, que avanzó desde Aix sobre Aviñón, y que uniéndose con los del Langüedoc en Pont-Saint-Esprit, debía sublevar á su paso los departamentos de las orillas del Ródano, de Isere y de Drome, coligándose por último con los lioneses y los montañeses del Ain y del Jura. En Grenoble disputaban las autoridades confederadas contra Dubois-Crancé, y hasta amenazaron prenderle; pero no atreviéndose á levantar tropas, enviaron diputados para fraternizar con Lyon. Dubois-Crancé, con el ejército desorganizado de los Alpes, se hallaba, pues, en medio de una ciudad casi insurreccionada, que le decía á cada momento que para nada necesitaba el Mediodía al Norte; érale, sin embargo, preciso guardar la Saboya, donde las ideas inspiradas al principio por la libertad y la dominación francesa se habían desvanecido ya, donde se quejaban de los alistamientos y de los asignados, y donde no se comprendía en modo alguno esa revolución tan agitada y tan diferente de lo que se había creído al principio. Tenía á sus lados la Suiza, donde se agitaban los emigrados, y donde Berna quería de nuevo enviar guarnición á Ginebra; y á sus espaldas á Lyon, que interceptaba su correspondencia con el comité de salvación pública.

En Lyon se recibió á Roberto Lindet, pero á su presencia misma se prestó el juramento federalista: UNIDAD, INDIVISIBILIDAD DE LA REPÚBLICA, ODIÓ Á LOS ANARQUISTAS Y REPRESENTACIÓN NACIONAL COMPLETA. Lejos de enviarse á París á los patriotas detenidos, continuáronse los procedimientos contra ellos, habiéndose creado una nueva autoridad compuesta de los diputados de los Ayuntamientos y de los individuos de los cuerpos constituidos, con el nombre de *Comisión popular y republicana de salvación pública del Ródano y Loira*. Esta asamblea acababa de decretar la organización de una fuerza departamental, para coligarse con los hermanos del Jura, de Isere, de las Bocas del Ródano, de la Gironde y de Calvados. Esta fuerza estaba ya pronta, y habíase resuelto además decretar un subsidio; aquí, como en todos los otros departamentos, sólo se esperaba una señal para ponerse en marcha. Apenas se recibió en el Jura la noticia de que los dos diputados Bassal y Garnier de Troyes, enviados para restablecer la obediencia á la Convención, habían reunido en Dole mil quinientos hombres de tropas de línea, más de catorce mil montañeses tomaron las armas para cercarlos.

Si se considera el estado de Francia en los primeros días de julio del 93, se verá que una columna salida de Bretaña y de Normandía, con dirección á Evreux, se

hallaba á pocas leguas de París; que otra, avanzando desde Burdeos, podía arrastrar consigo á todos los departamentos del valle del Loira, vacilantes aún; que seis mil marseleses, apostados en Aviñón, y esperando á los del Langüedoc en Pont-Saint-Esprit, ocupado ya por

circunstancia notable, que caracteriza bien el espíritu de los partidos, el hecho de que ambas facciones dirigían iguales cargos, atribuyéndose el mismo objeto. El partido de París y de la Montaña acusaba á los federales de querer perder la república dividiéndola, y de



Wimpffen

ochocientos nimeses, estaban próximos á reunirse en Lyon con todos los confederados de Grenoble, de Ain y del Jura, para caer sobre París después de cruzar la Borgoña. Mientras se efectuaba esta unión general, los federales recogían todos los fondos de las cajas, interceptaban los víveres y municiones enviados á los ejércitos, y pusieron en circulación los asignados que ingresaban por la venta de los bienes nacionales (1). Es

(1) Informe de Cambón sobre los trabajos del comité de salvación pública desde el 10 de abril hasta el 10 de julio.

entenderse con los ingleses para elegir un rey, que sería el duque de Orleans, ó Luis XVII, ó el duque de York. Por su parte el partido de los departamentos y de los federales acusaba á la Montaña de querer producir la contrarrevolución por la anarquía, diciendo que Marat, Robespierre y Danton estaban vendidos á Inglaterra y á Orleans. Así, pues, por ambas partes, la república era lo que se pretendía salvar, creyéndose combatir la restauración de la monarquía. ¡Deplorable y ordinaria ceguera de los partidos!